

DON QUIJOTE EN COLOMBIA

Por don LUIS EDUARDO NIETO CABALLERO.

EN una de las pasadas reuniones, cuando don Rafael Heliodoro Valle nos leía su erudita conferencia *Cervantes en la literatura hispanoamericana*, para hacernos admirar, como experto pescador de perlas, el oriente de algunas de las por él extraídas en el mar del idioma, y citaba a don José María Samper, a don Miguel Antonio Caro, a don Marco Fidel Suárez entre los panegiristas que en Colombia han encontrado Cide Hamete Benengeli y sus inmortales creaciones, no pude contenerme de decirle en el oído al director ilustre de esta ilustre Academia: “¡Hay muchos más!” Vosotros conocéis al licenciado Alejandro Quijano y sus sistemas. Tras de un aspecto de extraordinarias boñdad y placidez, esconde el don de mando. Cuando otros, para hacerse obedecer, necesitan del grito, él se conforma con la insinuación. Sabe presentar, lo que desea o lo que se le ocurre, con tanta suavidad y donosura, que no hay manera de escapársele. Obtiene lo que se propone. Pudiera decirse, si no pareciera audaz ante su benevolencia y su sonrisa, que entre el guante de seda esconde el puño de hierro.

Y aconteció que al terminar don Rafael Heliodoro Valle su lectura, premiada con tan sonoros aplausos, en el momento en que estaba yo felicitándolo se acercó el licenciado Quijano, y delante de varios académicos, que le hicieron coro, expresó: “Antes de que termine la serie de las anunciadas conferencias, el embajador de Colombia nos hablará del Quijote en su patria”. Me excusé inmediatamente. “Aunque yo no puedo alternar con eruditos como ustedes, declararé, lo haría de mil amores si tuviera mis libros, para hacer las adecuadas citas, colmar las lagunas de la memoria, procurar no omitir nada de lo fundamental y no exponerme a quejas de los presentados equivocadamente o al suspiro de los olvidados”. El licenciado insistió. “La buena voluntad, dije, no basta. Me limitaría a hacer una lista de los cervantistas de mayor renombre, y aun así carecería de interés, por presentarla

incompleta". "¡Pues hable de unos pocos, interrumpió el licenciado Quijano, pero hable!"

Y aquí me tenéis, señoras y señores. Aquí me tenéis, debo decir sobre todo dirigiéndome a los señores académicos, que he venido a meterme en camisa de once varas, que acaso voy a hacer sonar campanas en Sansueña, lo que según el Hidalgo es gran disparate, y que desoyendo estoy la voz de mi instinto que me repite frases del Libro: "Sigue tu canto llano y no te metas en contrapuntos que se suelen quebrar de sotiles". Pero ¿cómo resistir a la tentación de aceptar este honor, no tanto por hablar del caballero y del rústico sino de mi patria, que esa sí la conozco, en la más alta corporación que tienen las letras en un país que ha escalado alturas grandes, siendo mi primordial intención la de expresar un hondo agradecimiento? Al entrar en contacto con los académicos, he tenido una profunda emoción: casi todos me han hablado de Colombia y de sus hombres esenciales en las letras, con un conocimiento y con una simpatía que han hecho vibrar mi corazón de hijo sumiso. "Los amigos de mis amigos son mis amigos", me dijo al estrecharme la mano uno de los más sabios. Esos amigos de quienes me habló son los muertos, son los personalmente desconocidos por él, pero espiritualmente presentes, como don Rufino José Cuervo, el árcade supremo, a quien tantas veces visité en París y de quien no sabría decir si merecía mayor admiración por el talento y por la ciencia o por la austeridad y la tersura de una vida de santo. Otro académico me dijo: "En mi casa, la patria de usted tiene un altar". Otro exclamó: "¡Allá está Atenas!" Otro me habló de poetas, de eruditos, que viven aún, con quienes ha sostenido correspondencia y a quienes alaba con una generosidad mexicana. Decidme ahora, señoras y señores, si mi atrevimiento no queda perdonado, o por lo menos comprendido, una vez que yo deseaba aprovechar la ocasión para decir cuánto me obliga la deferencia que conmigo ha tenido la Academia y cuánto agradezco la simpatía con que los elementos oficiales, la prensa y la sociedad me han recibido en México.

Ya sé que sentir la gratitud está muy bien. Y no está mal expresarla. Os lo diré con palabras del personaje eterno, creado por el hombre cuyo IV centenario estamos celebrando, del hombre que pudo haber escrito su obra en México, o la pudo haber escrito en Bogotá, porque si hay testimonio, como lo oí decir aquí la otra noche, de que quiso venir a esta ciudad con los conquistadores, una vez asentado su gobierno, también lo hay de que estuvo haciendo gestiones para ir a mi Santa Fe de Bogotá, yo no recuerdo ya si de segundo de algún gran capitán o de simple alcaballero, que por desgracia en Cervantes no estuvieron a la misma altura jamás el genio y la fortuna. Pues bien: os decía, y gozo con hacer más esas palabras, para ofrendarlas a vuestra esplendidez conmigo y a vuestra devoción por Colombia, que Don

Quijote habló con elocuencia de esa inclinación del ánimo que lleva a reconocer explícitamente los servicios recibidos y a recordar con afecto a quienes los otorgaron. De ello da cuenta aquel capítulo "que trata de cómo menudearon sobre don Quijote aventuras tantas que no se daban vagar unas a otras", donde, después de haber dicho: "no es otra la profesión mía sino de mostrarme agradecido", al encontrarse de pronto en una hermosa y artificial Arcadia, cuyos ocasionales habitantes lo atendieron como lo merecía, prorrumpió, alzando con gran reposo la voz, de esta manera:

"Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome a lo que suele decirse: que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razón; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando éstos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, también las recompensaría con otras si pudiera; porque, por la mayor parte, los que reciben son inferiores a los que dan, y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos".

Cuán hermosa la afirmación de que los que reciben son inferiores a los que dan, por lo menos en lo que respecta a la ética y a la satisfacción. En ese caso, tranquilo ya con la esperanza de salir del paso tan grave a que hubo de obligarme el licenciado Quijano, que pariente del de la Mancha debe de ser, por su ardimiento y su empuje y por su idealismo, me dí a pensar en otra disculpa que, claramente, habría de hallar en el libro que los siglos vienen leyendo sin cansarse. Y me vino al magín compararme, ante el atrevimiento de hablar en la Academia, con Sancho, cuando al escuchar a su amo que habría de parecer muy mal en un gobernador no saber leer y escribir, con lo que sin duda se le dificultaría el mando de la ínsula, contestó muy campante: "Bien sé firmar mi nombre, que cuando fui prioste en mi lugar, aprendí a hacer unas letras como de marca de fardo, que decían que decía mi nombre; cuanto más que fingiré que tengo tullida la mano derecha y haré que firme otro por mí; que para todo hay remedio si no es para la muerte". Pues por analogía, me dije: fingir no sé, ni tullida está mi mano, pero voy ante gente bondadosa y paciente que sabrá excusar y comprender mis letras como de marca de fardo. En todo caso, en lo que sí creo que nos pondremos todos de acuerdo es en que peor es la muerte.

Yo no sé si involuntariamente he logrado imitar también a Lope, cuando, una vez adquirido el compromiso con Violante, hizo un soneto que nada dice, pero con el que salió del aprieto. Pero sí comprendo la curiosidad de

los cervantistas que desean saber, aunque sea a grandes rasgos, cuál ha sido la vida de Cervantes y la de sus dos criaturas supremas en Colombia. Y aunque sea en forma superficial, que disculpo con la lejanía de mis fuentes de información y con la carencia de mis libros, os he de decir que los colombianos, hablo naturalmente de los colombianos que escribimos, llevamos al Quijote en la masa de la sangre. Hemos leído y releído el libro, lo hemos citado mil veces, hemos escrito acerca de los inagotables temas que en sus páginas se encuentran. Poetas, oradores, ensayistas, críticos, cuantos individuos tengan una mediana cultura en Colombia, han navegado en esas aguas, en góndola o en trasatlántico, oyendo las notas de las mandolinas o los ruidos de la tempestad. Porque allí hay para la risa y para el llanto, para la ambición y para el desaliento, para el amor y para el dolor, para la carne y para el espíritu, para el gobierno y para la demagogia, para el canto y para el grito, para el ideal y para la materia, para la realidad y para la fantasía.

Don Quijote es allá, como aquí, más conocido que Cervantes. Es el inspirador de muchas buenas acciones y el término de comparación de muchos nobles espíritus. Sancho Panza es amado también, es reconocido como una expresión del sentido común, como un hombre gracioso, cargado de refranes, que, aunque a destiempo los diga, son sabiduría, y que ennoblecido por el contacto con su impetuoso señor, si es verdad, como lo apunta don Salvador de Madariaga, que a través del libro se va quijotizando, como don Quijote a su turno se va sanchificando o haciéndose prudente, va dando salida a sentimientos inefables, aunque para mí tengo que eran desde gañán los suyos propios, copia de los cuales se encuentran en tantos hijos del pueblo. Así su salida de la ínsula. Cómo no admirar la fuerza del alma, la desnuda naturaleza, el ímpetu de la sangre que gobiernan sus exclamaciones:

“Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad; dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas que de dar leyes ni de defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma: quiero decir que bien se está cada uno usando el oficio para que fue nacido”. Y más adelante: “Más quiero recostarme a la sombra de una encina en el verano y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno, en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de Holanda y vestirme de martas cebollinas”. Los caminos de la rusticidad convergen de esa suerte con los de la filosofía en el *aurea mediocritas* de Horacio.

Todo esto y lo demás —lo demás es el mundo, lo demás es la vida—, lo han aducido, comentado, aplicado, escudriñado, analizado, interpretado,

cantado, grandes y pequeños escritores de Colombia. Tuviera aquí mis libros, os podría hacer una relación fidedigna y de interés. En ausencia de ellos, debo limitarme a simples recuerdos personales. "El yo es odioso", según dijo Pascal, aunque no han faltado quienes autorizadamente digan que nada es tan sabroso como hablar de uno mismo. Situándome en la mitad, declaro que es grato recordar cosas pasadas, cuando uno se pudo asomar a la ventana que daba sobre algo bello o grande, y que es lícito hablar de la propia experiencia o de las propias acciones cuando no hay otra manera de salvar la corriente o de salirse de un atolladero. ¡Si os fatigo, señoras y señores, pasad la cuenta o reclamad el daño al licenciado Quijano!

No conozco o no recuerdo las páginas de Samper, uno de nuestros más abundantes y variados escritores, mencionadas entre las que merecen serlo por Rafael Heliodoro Valle. Don Miguel Antonio Caro, formidable latinista, que tradujo en verso la *Eneida* de Virgilio, las *Odas* de Horacio, poetas de Lacio, de Francia, de Inglaterra, de los Estados Unidos, que dominaba varios idiomas y que cantó al Libertador en una Oda que la posteridad considera superior al bronce, no hizo una especialidad del estudio de Cervantes, pero sí dejó estampadas con su sello las dos grandes figuras que estamos recordando. Don Marco Fidel Suárez, humanista como Caro, y como Caro presidente de Colombia, hombre de pasmosa erudición, de corazón atormentado, que en copas de barro o de cristal bebió la hiel de la injusticia, estaba dotado del don de la ironía, retozón, mefistofélico, con sus puntas de fuego y de sarcasmo. El sí que se acercó a don Quijote y al escudero, en busca de chispa y de sosiego, de risas y de lágrimas. Páginas suyas hay donde dejó estrellada el alma. Para mí tengo que en los inmerecidos golpes y reveses de que el Hidalgo fue víctima, halló hartó consuelo para sus desventuras.

Un día don Juan Valera le dijo en Madrid a un colombiano: "El Cervantes de ahora lo tienen ustedes en Colombia y se llama Marco Fidel Suárez". Yo fui un adversario de su gobierno, pero un admirador de su estilo y de su gracia. Conté la frase de Valera en un artículo laudatorio, en que situaba a nuestro grande hombre en el Siglo de Oro español, con expresiones de pesar por haberlo visto mezclarse en la política, donde cometió errores y donde mucho sufrió, combatido al extremo de haberse visto obligado a abandonar el sillón presidencial nueve meses antes de que terminara su mandato. Creí agradarlo al decir en ese artículo, apasionado como soy por la justicia, que, para consuelo de su adversidad, bien podía decir como Sancho: "Desnudo nací, desnudo me hallo; ni pierdo ni gano; quiero decir que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al revés de como salen los gobernadores de otras ínsulas". Pero cité también, aplicándolo a su caso, el

verso recordado por Maese Pedro, cuando don Quijote le deshizo el Retablo: "Ayer fui señor de España, y hoy no tengo una almena que pueda decir que es mía". Entonces se desagradó. Y en uno de sus famosos *Sueños* me comparó con un gato. Dio la explicación con dos verbos: acaricia y araña. Después, algunos años después, lo ví morir en una alcoba desmantelada, como la de don Quijote, con dos damas arrodilladas al pie del lecho, que eran la hermana y la hija. Colombia enlutó sus banderas. Los adversarios hicimos su elogio en el propio camposanto. Hubo duelo nacional, porque en el oleaje de su vida, que se arremansaba, no salieron a flote sino sus virtudes y servicios, mientras el recuerdo de sus pasiones y errores se iba al fondo.

Otro grande hombre del partido conservador a quien yo conocí, y en México recuerdan los ancianos, porque vino como delegado de Colombia a la segunda Conferencia Panamericana, fue don Carlos Martínez Silva. Publicista, institutor, hombre de Estado, hizo casi un tratado de Economía Política con sentencias sacadas del *Quijote*, comentadas con acierto. Es un ensayo magnífico y curioso. Antonio Restrepo, en el otro polo, un liberal irreverente, que de Cervantes tenía la figura y la gracia, anduvo por los campos de Montiel, habló salerosamente de la Tía Fingida, y en su enorme producción, en su oratoria y en su charla, especialmente en su charla, porque era un conversador delicioso, dejaba la impresión de haber sido un compañero de los grandes ingenios del siglo XVI, entre los cuales tuvo predilección por Quevedo. Entre los grandes cervantistas de ayer, que para felicidad de las letras colombianas, castellanas sería mejor decir, todavía viven, me limito a citar a Baldomero Sanín Cano, José Joaquín Casas y Antonio Gómez Restrepo. Son tres maestros, a quienes tirios y troyanos, güelfos y gibelinos, capuletos y montescos, hondamente respetamos.

En la llamada "generación del Centenario", que yo bauticé de esa manera por haber surgido a la vida pública en 1910, cuando se cumplía el primer centenario de nuestra Independencia, hay muchos cervantistas, que en prosa y en verso han alabado a don Quijote y a Sancho. Citaré tres: Aurelio Martínez Mutis, Julián Motta Salas y Armando Solano. El primero, laureado en un concurso en que otorgó el premio en París un jurado presidido por Rubén Darío, y luego en otro internacional, celebrado en Chile, con sus poemas de robusta inspiración, *La Epopeya del Cóndor* y el *Canto a Magallanes*, que me parece recordar que intituló *La esfera conquistada*, no quiso acordarse de que Cervantes, para librarse de Avellaneda, dejó su pluma colgada de una espetera, y declaró que su héroe yacía tendido de largo a largo, con los huesos ya podridos, para que nadie intentase procurarle una nueva aventura. O se acordó Martínez Mutis de la prohibición y alzó los hombros, porque tenía meditada para el teatro, en hermosos versos, una tercera salida.

Armando Solano es uno de los escritores más finos, más graciosos y más

diáfanos de la generación del Centenario. Humorista sutil, paradójicamente sabe enternecerse ante el aborigen taciturno, cuya melancolía ha analizado en páginas definitivas. Va ya para los sesenta años y fue mi condiscípulo. Un día, de esto hará cuatro lustros, le oí decir que cifraba su orgullo en no haber leído el *Quijote*. Al separarme de él entré en una librería, donde compré un ejemplar pulcramente editado de nuestra Biblia laica, y se lo remití a su casa, con la súplica de que leyera el Discurso sobre las Armas y las Letras y los Consejos para el gobierno de Sancho. Una semana después me dio las gracias en una carta pública, que escribió casi llorando. Se apasionó tanto por los personajes principales del libro, que leyó de pasta a pasta, que los incorporó a su espíritu, los hizo suyos y se puso a sufrir con sus quebrantos. "Este libro, me decía, es un libro triste". Sin saberlo, estaba de acuerdo con escritores peninsulares e hispano-americanos que por ese aspecto lo han considerado. Estaba especialmente de acuerdo con los alemanes, con Richter, con Schlegel, además con Sismondi, en que el *Quijote* es "el libro más triste que se ha escrito". Para acercarnos a ese pensamiento, que en su absolutismo no comparto, es bueno recordar que para Richter "el humorismo no es alegre". Y ahí ya entramos en el reino de las paradojas.

Julián Motta Salas es un humanista. El griego y el latín le son familiares. La literatura de España no tiene para él secretos. Es un purista que gusta del arcaísmo, pero bien dosificado. Escribió un libro precioso sobre la vida amorosa de Petrarca, Bocaccio, Lope de Vega, Garcilaso, el Arcipreste de Hita, con audacias que sorprendieron en un espíritu como el suyo, profundamente católico. Antes había publicado otro libro, sencillamente bautizado *Alonso Quijano el Bueno*, con capítulos que en nada desmerecen de los que escribió el ínclito ecuatoriano don Juan Montalvo y que por algunos aspectos los superan. Como una demostración de que no todos sabemos leer o de que los recuerdos se nos caen de la memoria, os diré que al comentar elogiosamente en la prensa la "imitación del libro inimitable", hecha por mi compatriota, que había metido a don Quijote en aventuras de mucho jugo y sustancia, protesté contra el irrespeto cometido por Sancho, que en alguna parte lo abofeteaba como si se hubiera encontrado con un rústico. De acuerdo estoy con Ticknor en que, a medida que uno va leyendo el *Quijote*, va sintiendo por él la misma adhesión que el cura y el barbero, y que "casi estamos dispuestos a deplorar su muerte tanto como su familia". Me atrevo a decir que más, porque en el libro, mientras duraba la larga agonía del Caballero, después de algunas lágrimas "comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza, que esto del heredar, dice Cervantes, algo borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto". En tanto que nosotros, los enamorados desinteresadamente del idealista, cuya única locura para mí fue el haberse vuelto cuerdo a la hora de

la muerte, sufrimos con todos los percances aun en los momentos de risa. Así sufrí yo cuando Sancho, olvidado de su condición, atacaba villanamente a su amo.

Motta Salas me contestó también públicamente, con muchas expresiones de gratitud, pero con esta advertencia: "Quizá tenga usted razón, pero el mismo pecado cometió Cervantes. Relea usted el capítulo donde don Quijote, en vista de que Sancho no se daba los azotes que eran necesarios para desencantar a Dulcinea, resolvió azotarlo él mismo". Abrí el libro inmortal y releí el capítulo. Hacen reír las razones tan premiosas y buenas del Hidalgo: "Véngote a azotar, Sancho, y a descargar en parte la deuda a que te obligaste. Dulcinea perece; tú vives en descuido; yo muero deseando; y así, desatácate por tu voluntad, que la mía es de darte, en esta soledad, por lo menos dos mil azotes..." Pero Sancho reaccionó: "Vuesa Merced se esté quedo; si no, por Dios Verdadero que nos han de oír los sordos. Los azotes a que yo me obligué han de ser voluntarios, y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme; basta que doy a vuesa merced mi palabra de vapulearme y mosquearme cuando en voluntad me viniere".

Esa última promesa, cazurra, marrullera, es de las más encantadoras, divertidas y alegres que hace Sancho. Pero don Quijote, poseído por su pasión, no atiende, y va acercando la mano a donde el escudero no quiera. "Viendo lo cual, dice el libro, Sancho Panza se puso de pie, y arremetiendo contra su amo, se abrazó con él a brazo partido, y echándole una zancadilla dio con él en el suelo boca arriba; púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenía las manos". Don Quijote gritaba que no fuera traidor, que no se desmandara con quien le daba el pan y era su amo, lo que no convencía a Sancho, que así dijo: "Ni quito ni pongo rey, sino ayúdome a mí, que soy mi señor. Vuesa Merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por agora; que yo le dejaré libre y desembarazado". Con esa promesa, que es una de las caídas fundamentales de don Quijote, uno de los signos visibles de su decadencia, que es el acercamiento a la cordura, pudo librarse el señor del escudero. Y eso sí que es verdaderamente triste.

Germán Arciniegas, tan conocido ya en todo el continente por obras de mucho donaire y aticismo, entre las cuales sigo destacando, como acreedora a una sentimental preferencia, la primera, que salió con el título de "El estudiante de la mesa redonda", escribió una biografía de Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de Bogotá, en la que en forma novelada pero convincente, del punto de vista de la posibilidad no de la Historia, sostiene que dicho conquistador fue el inspirador del Quijote, y saca a relucir la semejanza o parentesco entre los apellidos Quesada y Quijano, como para hacer ver que en las hazañas del primero estaba como en un dique el caudal de donde saldrán las aventuras del último.

Don Pablo Vila, institutor español, a quien Agustín Nieto Caballero llevó a Bogotá para ponerlo al frente de la primera escuela activa que hubo en Colombia, con el nombre de Gimnasio Moderno, enseñaba casi a leer en el Quijote. Les hacía representar a los alumnos comedias de su invención, de la de éstos o de la de aquél, y los estimulaba para que idearan aventuras del Caballero de la Triste Figura con los adelantos modernos. Así se formaron varios estupendos escritores, que ponían a luchar a don Quijote con el ferrocarril, con las bombillas eléctricas, con las cocinas de gas, con los aviones, en forma realmente sorprendente. Entre todos se destacaron José Camacho Carreño, escritor de primera fuerza, orador tempestuoso y soberano, y Eduardo Caballero Calderón, el primer cervantista que hoy tenemos. Se encuentra actualmente en España, de donde han de venir su *Breviario del Quijote* y un volumen que creo ha de tener el mismo título de esta mi desconsolada charla: "Don Quijote en Colombia", y que habrá de ser verdaderamente, por cuanto en él recoge lo escrito por los más peregrinos ingenios, una expresión cabal de la influencia que en mi patria ha ejercido el Manco de Lepanto, que en la literatura ha obrado un prodigio semejante al de Bochica en el pasado aborigen, cuya vara, que hirió la roca cuando las aguas de un diluvio casero habían inundado la sabana de Bogotá y sus contornos, formó el prodigioso y por todos admirado salto de Tequendama.

Un hombre tuvimos en Colombia, que nació para maestro y fue juriscónsulto, el más sabio, el más recto, el mejor informado, el de mayor talento, pero el más a disgusto en una profesión que lo alejaba de sus aficiones favoritas. Se llamaba José Ignacio Escobar y murió cuando se acercaba a los noventa años, después de haber llevado una vida de estudio y de austeridad que fue un ejemplo. Era un purista y un hombre de meditaciones, un hombre de prosa maciza y castigada, de quien dijo Sanín Cano que "tenía de la responsabilidad del escritor un concepto tan vigoroso que llegaba a ser enfermizo". Escribió muy poco, pero todo fue perfecto, así como sus juicios en materia civil y en materia penal fueron impecables, del punto de vista de la ética y del punto de vista de la lógica. Había leído, releído, comentado, discutido, el libro de Cervantes. Quería haber escrito acerca de él un ensayo terso y profundo, sin una sola grieta, pero sus ocupaciones profesionales y luego sus ajes y dolencias no le permitieron hacerlo. Dejó sí algunas páginas, que después de su muerte publicó el mayor de sus hijos en un libro pequeño. *Apuntes para un estudio sobre el sujeto del Quijote* se llama. Apenas llega a ciento sesenta páginas. No obstante lo fragmentario e inconcluso, la garra de león se advierte en él, por el dominio pleno del derecho, del tema y del idioma.

Desarrolla un pensamiento de Bouterwek, expuesto en su Historia de la Literatura Española como quien dice al pasar, de que el anacronismo de hacerse caballero andante don Alonso Quijano en el siglo XVII es "la feliz y original idea que sirve de fundamento a toda la obra maestra de Cervantes", para explicar lo que Bouterwek no explicó sino lo dio por aceptado, o fácilmente aceptable, solamente con decirlo. Y escribe morosamente acerca de la situación de España, país en ese tiempo ya constituido, donde el enderezamiento de los tuertos y el deshacimiento de los agravios eran función o derecho privativos del Estado, de lo cual resultaba que traer a la escena a un hombre de la Edad Media en gustos y en espíritu, cuando de Caballería se trataba, porque en lo demás razonaba como un contemporáneo del autor, era exponerlo a cometer mil delitos. Con tentativas de homicidio se inicia don Quijote, y luego con algo tan contrario al orden social como libertar a los galeotes, con la idea peregrina, aunque muy bella, de que "no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello", en lo que, según el doctor Escobar, llegaba a la conclusión de Tolstoy en *Resurrección*, de que "siendo todos los hombres culpables ante Dios, no tienen derecho a castigar a sus semejantes" y de que el medio de hacer cesar el mal es "perdonar siempre y siempre", como Jesús dijo a San Pedro.

Don Quijote venía de la Edad Media con su espada pero no con su corazón. Los caballeros andantes corrían mil aventuras por la amada. El amor era en ellos la pasión determinante y dominante, en tanto que en don Quijote era secundaria, porque su fundamental propósito era alcanzar la justicia. "Lo que prima en el libro de Cervantes, escribió el doctor Escobar, no es, como en Amadís, el interés privado sino el interés público". Dulcinea en él era una abstracción. El mismo lo dijo: "Yo soy un enamorado, no más que porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos sino de los platónicos continentes", lo que, de acuerdo con los académicos de hoy, no vale la pena. El amor intelectual no debe ser para las mujeres sino para los libros.

"Entre las incoherencias que trae consigo el anacronismo, escribió el doctor Escobar, llama particularmente la atención aquella de la cual resulta que el héroe hace el mal cuando va buscando el bien, o más precisamente, que sus actos se califican de criminales o ridículos por aquellos que lo ven en acción, a tiempo que él está ejecutando hechos que ante Dios y su propia conciencia son no sólo buenos, sino nobles, píos y heroicos". "Ministros de Dios en la tierra y brazos por quienes se ejercita su justicia", llamaba don Quijote a los caballeros andantes, cuyas hazañas imitaba y superaba, tan sólo para que los cuadrilleros de la Santa Hermandad lo llamaran salteador

de caminos. Pero él desconocía la autoridad, y en desquite por la ofensa, til-daba a los Cuadrilleros de gente soez y mal nacida.

Hace notar el doctor Escobar que el conflicto de la obra no es una lu-cha de don Quijote contra Sancho, por donde descarta la interpretación de que Cervantes quiso contraponer el espíritu a la materia en esos dos per-sonajes, sino la lucha de don Quijote, acompañado y secundado por Sancho, contra la sociedad, contra el Estado. Don Quijote, opina el jurista colombia-no, "es un anarquista teórico y militante, un utopista, cuya utopía no es una anticipación del porvenir sino una resurrección del pasado, de un pasado ya remoto". Quiso tal vez con ello reaccionar contra prácticas nocivas de su tiempo, dar graves lecciones a sus contemporáneos, y hacerlas aceptar por los caminos de la burla, en que el caballero, convertido en un juez trashumante y con ideas de otra época, tenía que aplicar una justicia bien intencionada pero defectuosa.

La anormalidad cronológica y psicológica del artificio literario hizo pen-sar a varios, entre ellos al doctor Escobar, que Cervantes, con la primitiva intención de hacer un libro de Caballería, aristocrático de suyo, guiado "por la natural propensión de toda idea a sugerir la contraria", escribió la obra más democrática que pueda imaginarse, "del pueblo, por el pueblo y para el pueblo", como exclamó aquí un académico, y en vez de remontarse hasta el pasado y moverse en él, trajo del pasado una figura para que se moviera en su país y en su tiempo, en la cual, según observación de Bodmer, crítico alemán, puso locura y cordura, mezcla que se encuentra "en todos los hom-bres, especialmente en los españoles". Pero todos hemos convenido en acep-tar que las dosis fueron diferentes. En don Quijote, la dosis de locura lo llevó a luchar contra la sociedad, cuyos defectos había observado en horas de cor-dura. Y ésta, para el doctor Escobar, es la idea fundamental del libro, aunque del libro salen y seguirán saliendo las más valiosas razones contra el mal y los más nobles impulsos hacia el bien, en un desenfrenado amor por la jus-ticia y por el idealismo.

No estuviera traspasando ya los límites señalados para estas lecturas, os hablaría de otros cervantistas, como Monseñor José Vicente Castro Silva, teólogo y escritor de gran renombre, rector insigne del Colegio del Rosario, que ha consagrado horas de meditación y páginas de mucha enjundia a la obra de Cervantes. Os hablaría de Juan Crisóstomo García, otro sacerdote elocuente y erudito. Y de Manuel Antonio Bonilla, institutor y académico, que ha continuado la obra de Cuervo como corrector del lenguaje. Y de Eduardo Guzmán Esponda, ingenio sutil, regocijado, hijo de don Diego Rafall de Guzmán, secretario perpetuo que fue de la Academia, y hombre que en la

vida ordinaria, para saludar, para alabar, para pedir informes, usaba expresiones del tiempo de Cervantes. Os hablaría, mirando de nuevo hacia atrás, de los Marroquines, clarísimos ingenios, y de Santiago Pérez Triana, orador de fama europea y americana, escritor de obras deliciosas, que pocas horas antes de morir le contestó al amigo que le preguntó qué libro estaba leyendo: "En trance como el mío no se puede leer sino el *Quijote*". Os hablaría de muchísimos poetas, que se han ocupado de su amor, de su fe, de sus dudas, de su cansancio vital, de su desadaptación al ambiente, de su aspiración a algo mejor, en poemas que cantan, unas veces para ensalzar, otras para condenar, al Hidalgo, al escudero, a Dulcinea, al ama, a la sobrina, al cura, al bachiller, a Maritornes, a Lucinda, a Dorotea a los duques, a Rocinante, a Clavileño, al asno. No hay, no conozco, dificultad que exista, un prodigio como el insigne yucateco don Braulio Roche, que se sabe de memoria todo el libro, como puede demostrarlo a quien lo quiera, como lo demostró aquí con la recitación fogosa, impecable, del capítulo donde el caballero andante hizo una larga enumeración de grandes capitanes enemigos, al arremeter con mucho brío contra un rebaño de ovejas y carneros. No creo que nadie recite en Colombia con tanta propiedad y tanto garbo ni siquiera ese capítulo. Pero todos los letrados hablan de las aventuras del libro como si las hubieran presenciado y de los personajes como si los hubieran conocido.

Hay en el sur de Colombia una pequeña ciudad, de la que es adorno y oriflama un volcán, en la que el ambiente es eléctrico. Se llama Popayán, y es por todos amada, porque de allá salieron varones inmortales: el verbo de la revolución que alcanzó la independencia, autor del formidable Memorial de Agravios, don Camilo Torres; el sabio Caldas, nuestro primer naturalista, elogiado por Humboldt; diplomáticos que deslumbraron por su figura y por su arrogancia en las cortes; caudillos tempestuosos, estadistas, poetas, entre los cuales dos de los mayores de Colombia y de la lengua castellana: Julio Arboleda y Guillermo Valencia. De esa pequeña ciudad, que se enorgullece de mujeres divinas, han salido ocho o diez presidentes de la república. Es latinista, letrado, con universidad, con portaliras. Todos cantan. Y de tal manera se distinguen por sus modales corteses, que ante cualquiera se puede exclamar: ¡Casta de hidalgos!

Pues bien: en esa ciudad viene de atrás, de muy atrás, la leyenda de que en ella está enterrado don Quijote. Allá no haría sonreír el diplomático de quien el académico Romero refirió que había querido llevar en Madrid una corona a la tumba del Hidalgo, "olvidándose de que cuna y sepulcro cupieron en el estrecho espacio de una frente, en tanto que su fama ya no cabe en el mundo". El único inconveniente es que nadie sabe dónde está la

tumba, pero nadie ignora que allá se halla enterrado. Guillermo Valencia escribió un poema de cuarenta y cuatro estrofas, en cuartetas, que bautizó: "La razón de don Quijote". El, que había dicho: "Quiero el soneto como león de Nubia: de ancha cabeza y resonante cola", y que a la arena soltó muchos felinos de esas condiciones, escogió otro metro para cantar al ídolo de un mundo.

Como el académico Alfonso Cravioto, tuvo la fortuna de encontrarse con nuestro señor don Quijote, pero no para oírle hacer en el propio lenguaje de su asombroso creador el elogio de Cervantes, sino para contarle, en una noche tormentosa y oscura, cómo después de haber hecho cosas grandes, magnificado la vida, el Dolor, el Combate, la Ley, agigantado a los seres de un mundo pequeño, convertido en oro el cobre, los pajes en amos, los rufianes en gente, enseñado la ebriedad que produce el ensueño, dado alas al gusano para ganar la altura, convertido a Montiel en Mesa del Creyente, había querido vivir la antítesis de su ideal austero y había buscado a Sancho, por quien supo todos los chismes y líos del vecindario, hasta sentir que no había nada digno de retenerlo con semejante comparsa, por lo que fingió que se moría, y se dejó enterrar, pero para fugarse hacia América, en una carabela que ganó las tierras donde estaba Belalcázar. Belalcázar fue el fundador de Quito, el fundador de Cali, el fundador de Popayán. Le gustó el mozo al Hidalgo, que invisible lo asistía, y que atraído por el ambiente hizo la promesa: "Cuando surjan mis pares, he de darles aliento". Y así ha sido. "Siete veces me han visto los hombres en tus plazas", dice el poema. Camilo Torres, Caldas, Mosquera, Obando, José Hilario López, Julio Arboleda, Carlos Albán, siete inmortales tocados de locura y de genio.

"Al andar de los años siempre surgirá un hombre con ese ardor pujante que mi cerebro inflama", le dijo el Hidalgo al poeta antes de desvanecerse en la sombra. No quiso pensar éste en que con él se estaba cumpliendo la promesa. Guillermo Valencia fue un hombre que en la conversación dejaba a veces la sensación del genio. Fue un poeta de inspiración universal y fue un orador sublime que se prendió a la patria como la hiedra al muro. Y fue un caudillo político. Fue, en cierto modo, una reencarnación de don Quijote, por el poder magnificador de su cerebro y por sus fugas frecuentes de la realidad cotidiana. Desgraciadamente no supo o no indicó dónde se halla la tumba, que en esta hora de desconcierto universal, "en este mal mundo que tenemos", como hubiera dicho Sancho, invitaría a visitarla, pero no para llevarle coronas, sino para golpear afanosamente la lápida con los nudillos, mientras la voz anhelante le diría: "¡Despierta, buen Caballero! ¡Sal de ese retiro! ¡Vuelve a empuñar la lanza! Y en una salida definitiva, ayúdanos a librar al mundo de todas sus iniquidades".